



EL PENSAMIENTO.

PERIODICO DE LITERATURA Y ARTES.

LITERATURA CONTEMPORANEA.

COLECCION

DE LOS

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES

DESDE FINES DEL SIGLO XV.

Con varios documentos inéditos pertenecientes á la Historia de la Marina castellana, y de los descubrimientos españoles en India.

POR

D. MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE.

TOMO III, IV Y V.

(II Artículo.)

A la desconfianza que inspiró el primer viaje del Almirante coronado con tan prósperos y felices resultados, sucedió, por una natural reaccion, una efervescencia y entusiasmo sin límites. Infinidad de jentes se aprestaban en el litoral del Mediodía de España á seguir el mismo

PRIMERA SERIE, TOMO I, 6.^a ENTREGA.

glorioso camino, alentados por el gobierno, y aguijoneados ademas de la codicia que de dia en dia crecia á vista del rápido engrandecimiento que trajo á Portugal la expedicion de Vasco Gama. Amortiguada no poco la tendencia guerrera de la época con la pacificacion completa de la Península, forzosamente se habia de notar en los ánimos cierto desnivel y desasosiego, propios de la violenta y repentina transicion que habia experimentado el estado de la república. El descubrimiento del Nuevo-Mundo fué un suceso entonces tan oportuno y venturoso, como grande en sus consecuencias; pues en las infinitas esperanzas con que á todos halagaba, se empleaba dignamente aquel sobrante de actividad y de enerjía que dejaba trás de sí una época tan belicosa y emprendedora. Las noticias que de haberse hallado la tierra firme en la costa de Paria, llegaron en 1498, levantaron el entusiasmo y el ardimiento al mas subido punto, y un sin número de navegantes se dispusieron por cuenta propia á surcar aquellos mares hasta entonces desconocidos, que ceñian rejiones de tan encarecida hermosura y riqueza. Gran parte de estos navegantes habian acompañado á Colon en sus expediciones, y entre ellos los habia pilotos entendidos, y hombres de mar duros y acostumbrados á toda clase de fatigas, que no encontraban obstáculo poderoso á detenerlos.

Ya en 1499, Alonso de Hojeda, salió con el diestro Juan de la Cosa en busca de las nuevas tierras, y á poco le siguieron Per Alonso Niño,

Cristóbal Guerra, Vicente Yañez Pinzon, Rodrigo de Bastidas, Juan de Agramonte, Estevan Gomez, Juan Diaz de Solís, y algunos otros que siguiendo rumbos distintos, bien pronto reconocieron las costas orientales del Nuevo-Mundo desde los Estados Unidos hasta el rio de la Plata. Sostenia á tan intrépidos aventureros en estas arriesgadas empresas la esperanza de hallar algun estrecho que guiase en derechura al comercio de la especeria, con que entonces Portugal crecia y se encumbraba de un modo maravilloso; y en esta esperanza, sin duda, les confirmaba mas y mas la idea en que, segun indicamos en el anterior artículo, vivió y murió el Almirante; de que la tierra descubierta era parte de la India Oriental. Con semejante propósito, se encaminaron al Sur y al Norte, y sus viajes ilustraron y ensancharon prodijosamente la esfera de la hidrografía y de la náutica. Sin embargo, á no ser por la diligencia del Sr. Fernandez de Navarrete, hubieran tardado infinito en salir del olvido, y las ciencias de la navegacion y de la historia carecerian de tan preciosos datos.

Como la mayor parte de estas expediciones las emprendieron y llevaron á cabo particulares, mas ó menos ayudados del gobierno español, apenas se conservan sus diarios, y solamente reuniendo en los archivos toda clase de documentos, y confrontándolos prolijamente con las historias contemporáneas, se llega á tomar el hilo de tan importantes sucesos, y á llenar esta laguna que oscurecia un brillante período de nuestros fastos. Para esto era menester, no solo el esmero y laboriosidad, sino tambien el buen orden y escelente método con que el Sr. Navarrete ha sabido reunir y presentar en la seccion primera del tomo 3.^o de su coleccion, los hechos, que con harta razon llama viajes menores, ya por hacerse de cuenta de particulares, ya porque dado que fuesen utilísimos y de saludables resultados, es indudable que no estaban dictados por el jenio, como los de Colon ó Magallanes, ni subordinados á un pensamiento igualmente grande y civilizador. Sin embargo, á la simpatía que siempre inspira todo rasgo atrevido y valeroso, se une en el presente caso la animacion y composicion bien imaginada de este cuadro, donde tan al vivo se retrata el gran movimiento social que siguió á los primeros descubrimientos. Todos estos rasgos y esfuerzos individuales ayudan en gran manera á

formar una cabal idea de la sociedad en que se presentaban, y de todos modos, la índole profunda y filosófica de la historia tiene mucho que ganar en trabajos animados por una crítica grave y detenida, descifrados con esquisitos conocimientos cronológicos, y calificados imparcialmente. Los documentos insertos manifiestan la misma acertada eleccion, que se nota en los tomos anteriores, y la escelente biografía de Alonso de Hojeda, junto con la ilustracion erudita acerca de las supuestas expediciones de los vascogados á los mares de Terranova, derraman una luz clara y viva sobre esta série, que á no ser por los esfuerzos del Sr. Navarrete, estaria vedada á la mayor parte de los españoles. La reunion de tantos datos y antecedentes solo probaria laboriosidad y constancia; pero el buen plan y la limpia y agradable narracion de estos hechos, revueltos hasta ahora y confusos en demasía para caber ordenadamente en tan estrecho marco, dán á conocer una facilidad y criterio poco comunes para los estudios históricos.

Otra ventaja no menor puede resultar de estos trabajos, cual es la de abrir fuentes cristalinas á nuestra literatura nacional; pues ningunas proezas halagan la imaginacion, y la inflaman con tanta fuerza, como la de nuestros padres en el Nuevo-Mundo.

El Sr. Navarrete muestra temores, no infundados en verdad, de que la novela histórica desfigure, como ya lo ha hecho en otros paises, la tendencia de las épocas y el carácter de los sucesos; pero por nuestra parte creemos que á no desentenderse de la conciencia y severidad que reclama este jénero de literatura, la historia recibe con él esplendor y relieve, sin decaer un punto de su dignidad y nobleza. Las creaciones de Walter Scott son buena prueba de esta opinion y de que la imparcialidad, la buena fé y la elevacion de los principios abonan y engrandecen las obras de imaginacion, tanto como el espíritu de sistema y la frivolidad las humillan y degradan.

La seccion segunda del tomo 3.^o contiene la cuestion á un tiempo histórica y crítica de mas interés, que han suscitado los descubrimientos del Nuevo-Mundo. Sabidas son las pretensiones de Américo Vespucci al inmortal blason de descubridor y civilizador del continente que contra toda razon y justicia, por un uso extraño, contra el cual el gobierno español ha protestado sin cesar,

comenzó á tomar el nombre del afortunado Florentin, si fortuna puede llamarse la de ataviarse con galas usurpadas, de que puede despojar la mano de la verdad al menor esfuerzo de la razon. El odio á la España, y la rivalidad que le han suscitado de parte de la Europa su preponderancia y vigor pasados, han armado la pluma de algunos escritores extranjeros, y sobre todo, de los italianos Canovai y Baudini, para despojar al gran Colon de sus laureles, y adornar con ellos á Vespucci. Fácil era de descubrir, á poca atencion que en ello se pusiera, la inconsistencia de semejante propósito, considerando que ninguno de los imparcialísimos y graves historiadores de aquel tiempo, conceden á Vespucci una parte tan grande, como la que le atribuyen sus compatriotas, y teniendo asimismo en cuenta, que la relacion de sus supuestos viajes comenzó á parecer oculta y surrepticamente en Europa, evitando siempre las miradas de españoles y portugueses, que á fuer de testigos de vista, pudieran deshacer con solo intentarlo, el tejido de sus inexactitudes y falsedades. Pero ellos llevados de un patriotismo mal entendido, y pertrechados de razones especiosas y sutiles á mas no poder, no titubearon en comprometer la dignidad del historiador, adhiriéndose sin exámen á un relato sospechoso, y que desatado de toda autoridad y apoyo en los autores contemporáneos, presentaba ya una anomalía de harto bulto, para ser adoptado con la fé que pudieran merecer una historia fortalecida con el apoyo de la razon y de la crítica. Como quiera que salten á los ojos estas razones, era urgente la rectificacion de semejantes yerros, pues ni el culto debido á la verdad, ni el amor al pais, consentian por mas tiempo la propagacion de tales inexactitudes, que recibidas sin reflexion, deslustraban y oscurecian uno de los acontecimientos mas trascendentales que han presenciado los siglos. Ademas de sus esquisitas indagaciones bibliográficas, y del gran número de testimonios auténticos que ha acopiado, el Sr. Navarrete se dirigió al Excmo. Sr. Vizconde de Santarem, archivero mayor del reino de Portugal, consultándole sus dudas; y en una carta estensa, llena de erudicion y bien fundada, le contestó, satisfaciendo cuantas pudiera tener, y deramando una claridad grandísima sobre la influencia de Vespucci en los sucesos del siglo XV y XVI, y sobre sus pretendidas relaciones con el rey

D. Manuel de Portugal. A esto ha agregado el autor una porcion de noticias eesactas de Américo, que fijan la cuestion en términos tan precisos y evidentes, que nada dejan que desear.

La seccion 3.^a de este tomo contiene el establecimiento de los españoles en el Darien. Conforme se iban descubriendo las costas orientales del Nuevo-Mundo, procuraron los reyes de Castilla fundar colonias y poblaciones desde donde estender de dia en dia la esfera de su actividad y el influjo de su gobierno, protejiendo sus nuevos dominios y siguiendo la marcha de Colon y de Hojeda que ya habian edificado sus poblaciones en Veragua y en el golfo de Urabá. Fuerza era defender de la codicia ó de la enemistad extranjera el litoral dominado, ya grande entonces, pero que el descubrimiento del mar del Sur por Vasco Nuñez de Balboa ensanchó mas y mas. Este fue el objeto de la expedicion de Pedro Arias Dávila y este tambien el tenor de las instrucciones que recibió de los Reyes Católicos que orijinales inserta el Señor Navarrete y son una prueba mas de las miras altamente benéficas de aquellos ilustres soberanos sobre la cultura y gobierno de sus nuevos vasallos. Las cartas de Vasco Nuñez de Balboa y la relacion sencilla é imparcial que el licenciado Pascual de Andagoya hace de los establecimientos en el Darien y de varias conquistas sucesivas, son materiales de gran precio para la historia por la idea esacta, si no profunda, que dan de las acciones de los conquistadores, del estado del pais, y en especial del floreciente imperio del Perú, verdaderamente maravilloso por el raro concierto de su administracion y el adelanto de sus artes que como estrellas en la noche brillaban en medio de la ignorancia y rudeza comun. Los apéndices que sirven al tomo de remate y en que el Sr. Navarrete continúa sus pesquisas acerca de Colon con su acostumbrada constancia y agudeza, extractando las probanzas que se hicieron en el pleito entre el fiscal del Rey y los hijos del Almirante, son tambien de un interés muy vivo por lo auténtico de las declaraciones y mas que nada por las ocho observaciones críticas con que adelgaza hasta un punto muy elevado cuestiones de gran utilidad, y fija hechos de importancia concernientes á las primeras navegaciones. En resumen este tomo es digna continuacion de los primeros y acomodado eesórdio á la gran empresa que contienen los siguientes.

Segun dejamos dicho en este artículo y en el anterior, el objeto de las expediciones de Colon fue encontrar por la via de Occidente un camino por donde hacer el comercio de la especería, fuente abundante entonces de prosperidad y riquezas para el Portugal. Descubierto ya el Nuevo-Mundo y reconocida gran porcion de sus costas, los ánimos naturalmente se volvieron á la esperanza de encontrar un estrecho que les abriese paso á tráfico tan anhelado. Grandes esfuerzos se hicieron para dar con él en distintas direcciones. Juan de Agramonte y Estevan Gomez se encaminaron á buscarle por los mares del Norte: el gran Colon tambien le buscó sin fruto: Vicente Yañez Pinzon atravesó la equinocial en su busca, recorrió mas de 600 leguas de la costa de Paria y descubrió el imperio del Brasil y el gran rio Marañon; finalmente Juan Diaz de Solís, célebre piloto que sin duda seguia para encontrarle el rumbo mas acertado, fue bárbaramente asesinado en el rio de la Plata. El mal resultado de estas tentativas descorazonó á muchos y aun llegó á persuadirles de que semejante comunicacion no ecsistia, pero como si la providencia se empeñase en abrir caminos á la prosperidad de España, su buena fortuna le deparó un extranjero tan ilustre como valeroso que con un plan bien concertado y maduro le franqueó el paso á las rejiones asiaticas ensanchando los términos del mundo, abriendo nuevos mares al comercio, nuevas sendas á la civilizacion y campos mas vastos á la hidrografia. Este ilustre extranjero fue Fernando de Magallanes, portugués de nacion, que despues de haber servido con honra á su pais en la India, agraviado de su Rey, se desnaturalizó de Portugal por actos públicos y solemnes, y se paso al servicio del emperador. A este hombre profundo en las ciencias de la navegacion, dotado de un valor y enerjía estremados, pundonoroso y sufrido como ninguno, estaba reservado descubrir el estrecho que con harta razon tomó su nombre y dar al plan de Colon su último complemento y desarrollo. La escelente biografía con que el Sr. Navarrete comienza la historia de su memorable expedicion, dá cuenta exacta y cabal de los embarazos y asechanzas infinitas con que tuvo que luchar hasta llevar á cabo su propósito jigantesco, pues la corte de Portugal temia igualmente su ciencia, su resentimiento y su valor; y posesionada ya de los mares de la India, con razon temblaba al ama-

go del golpe que á su influencia en aquellas rejiones pudieran dar las victoriosas armas de Castilla. Si de cierto no lo sabia, con razon se recelaba de que la línea tirada por el Papa Alejandro VI (1) no la habia de amparar en la posesion de unas tierras que ya se imaginaba sujetas á su imperio, pero que sin duda pertenecian á la corona de España. Así que, los tropiezos y dificultades que suscitó al viaje de Magallanes fueron tantos y tan grandes, como profundo el rencor con que muchos de sus historiadores procuraron mancillar su memoria. Su memoria sin embargo como todas las de los hombres célebres, vivirá mientras dure en el mundo la aficion y respeto á los caracteres elevados y á las inteligencias sublimes; y el haber abandonado el servicio y la bandera de un Rey que le miraba con rostro torcido en recompensa de sus grandes servicios, cuando públicamente se desnaturalizaba de su pais, no será nunca banda de bastardía en el escudo de sus armas.

Su viaje al Maluco que el Sr. Navarrete ha extractado de los documentos ecsistentes en el archivo de Sevilla, ademas del órden y regularidad que en todas sus obras se advierte, tiene el sello de precision y esactitud que las ciencias de la navegacion han alcanzado en los últimos tiempos. Sus conocimientos en ellas han logrado digno empleo en la relacion de estas empresas milagrosas, que aun ahora serian elocuente testimonio de la superioridad de la inteligencia humana; pero que entonces nos asombran por la grandeza de los sacrificios y por la resolucion y arrojo extraordinarios que suponen.

Los viajes de Magallanes y Colon sujetos á una gran idea y dictados por un jénio inventivo y profundo, llevan consigo un carácter de jeneralidad y trascendencia que parece ser el reflejo de la época y de la sociedad en cuyo seno se enjendraron y llegaron á término cumplido. Los in-

(1) Por no alargar demasiado este artículo no insertamos íntegra la observacion primera del Sr. Navarrete al viaje de Magallanes en que da cuenta así de esta bula expedida en 4 de mayo de 1493, como de los convenios posteriores entre los reyes de España y Portugal. Nuestros lectores ga arán mucho en consultarla así como la tercera, página 107, tomo IV. Tambien les recomendamos la lectura del prólogo del mismo tomo, donde se encuentran noticias sumamente curiosas acerca de los proyectos de comunicacion de ambos mares por el istmo del Panamá.

tereses solos no imponen obligaciones tan estrechas y penosas, ni en tiempos puramente mercantiles y frios se acometen con medios tan escasos aventuras tan llenas de peligros, ni menos el cebo de la ganancia puede inspirar aquellos sentimientos de dignidad personal que tanto ilustran estas expediciones. Por esto la constancia heroica y pundonoroso empeño de Magallanes, su rara enerjía, su muerte misma desdichada, y aun pudiéramos decir oscura, acaecida en una demanda de interés lejano y dudoso, nos sirven de asombro y nos interesan vivamente. ¿Pues qué diremos de los restantes sucesos de la expedición que con éxito tan feliz la coronaron; de la acertada conducta con que aquellos navegantes sabian proporcionarse en los soberanos de las Molucas proteccion con que ayudarse y socorrerse en su aislamiento, y finalmente de la pasmosa jornada de 14,000 leguas que hizo la nao Victoria al mando del famoso Juan Sebastian de Elcano, al través de tantas penalidades, riesgos, enfermedades y escaseces? Para poner en su debido punto semejantes hazañas y proezas es necesario tener en cuenta, como advierte muy bien el Sr. Navarrete, el estado de la ciencia y los escasísimos recursos con que contaban aquellos intrépidos navegantes. «Prescindiendo, dice, de la construccion de los buques de aquel tiempo, el conocimiento del punto del globo en que se hallaba la nave, se deducia del rumbo que habia seguido y de la latitud observada; pero el rumbo era de la aguja, sin conocer la cantidad de su variacion, pues aunque el Diario de Albo dice en los dias 4 y 25 de marzo de 1522 que la aguja no-esteaba, y algunas veces contasen con la variacion, como parece lo verificaron el 4, 5, 6, 25 y 31 de marzo, el 12 y 14 de abril, el 6, 13 y 23 de junio, el 25 y 28 de agosto y el 1.º de setiembre de 1522, su cantidad debia ser imaginaria, porque no espresa cómo la averiguaban para emplearla en esos únicos trece dias de todo el viaje. La latitud se observaba con el astrolabio ó con un cuadrante de madera, resultado correspondiente á los defectos de la construccion de estos instrumentos, error de observacion é inexactitud de las tablas de declinaciones de aquella época. Aun así era el punto determinado con estos datos en la mar el mas exacto, pues el que se señalaba con rumbo y distancia, ó con distancia y latitud, quedaba mas dudoso, porque

» la corredera no se usó hasta el siglo siguiente, y
 » el camino se estimaba á ojo. Se puede juzgar de
 » los demas elementos con que se manejaban aque-
 » llos navegantes, por haber corrido al Occidente
 » hasta volver al meridiano de la salida, é igno-
 » rar que á bordo debian contar un dia menos que
 » en aquel paraje. ¡Con tan escasas luces y recur-
 » sos, y en aquel estado tenebroso de la hidrogra-
 » fía se dió vuelta al globo por la primera vez en
 » la nao Victoria, arrostrando todos los trabajos y
 » peligros de tan dilatado viaje de descubrimien-
 » tos, practicado por estensas rejiones ardientes y
 » frias!» (1)

No es mucho pues que Juan Bautista Ramusio (2) encomie tanto semejante viaje, ni que nuestro Oviedo diga de Juan Sebastian de Elcano «que él y los que vinieron con él le parece que son de mas eterna memoria dignos que aquellos argonautas que con Jason navegaron á la isla de Colcos en demanda del vello de oro; cosa, añade, en verdad que no se sabe, ni está escrita, ni vista otra su semejante ni tan famosa en el mundo.» (3)

Con la vuelta de este insigne marino y de sus escasos compañeros, se vió resuelto cumplidamente el problema que tanto preocupaba los espíritus, quedando desde entonces rotas las cadenas que en el sentir de muchos cerraban el camino á la esperaría por el rumbo de Occidente. El emperador recibió á Elcano y á los suyos con grandes muestras de honra y estimacion y mandó disponer inmediatamente la flota que con D. Frey García Jofre de Loaisa, comendador del orden de San Juan, salió el dia 24 de julio de 1525 de la Coruña en demanda del Maluco, siguiendo la misma direccion del inmortal Magallanes. Este viaje tan desastrado como glorioso, y el que mas tarde emprendió desde los puertos de Nueva-España Alvaro Saavedra por disposicion de Hernan Cortés, forman el tomo V de la coleccion. Todo es grande y todo escede de los términos comunes en estas atrevidas navegaciones; pero las privaciones horribles del viaje de Loaisa, la subordinacion, constancia y sufrimiento de los españoles, su lucha desigual y desesperada con los portugueses en las Molucas, su comportamiento heroico son tales que no hay espresiones con que alabar-

(1) Colec. de Viaj., tom. IV, páj. 97.

(2) Véase el prólogo del tom. IV.

(3) Id. id.

las dignamente. Baste decir que de mas de 400 individuos que salieron de España con el comendador no llegan á una docena los que volvieron, y que sin embargo, ni una sola humillacion puso en duda por un momento el lustre y el valor de la nacion española ni los derechos de su soberano.

Desgraciadamente estas mismas Molucas tan codiciadas, objeto de tantas fatigas y proezas, se perdieron para España en 1529, época en que el emperador las vendió al rey de Portugal; pues, como dice Sandoval, « los gastos que el emperador habia hecho en las guerras pasadas, y los » que eran necesarios y forzosos para las que se » esperaban, y su jornada imperial en Italia á la » coronacion eran tales y tan grandes, que las rentas » reales y servicios que se le habian hecho, no bastaban y se hallaba muy alcanzado; y asi hubo de » empeñar la especería de las Molucas por 350,000 » ducados que le dió el rey de Portugal; » quien, añade el Sr. Navarrete, supo aprovechar bien la ocasion de ver á su rival en tal apuro, sin embargo de que, como dice muy bien Antonio de Herrera, « ni uno ni otro entendieron lo que daban ni tomaban (1). »

Estos tomos que por ahora cierran la coleccion de los viajes y descubrimientos de los españoles en el siglo XV y XVI nos parecen completos bajo todos aspectos y relaciones, ya se considere su parte facultativa, ya su parte histórica. La diplomacia española debe tenerlos en tanta estima como la hidrografía y la náutica, pues si los tratados con Portugal y las contiendas sobre el Maluco ilustran en sumo grado los derechos históricos de nuestra nacion, el diario de Albo, la relacion de Maximiliano Transilvano, y las juntas y debates de Badajoz son páginas de gran interés en la historia de la navegacion y de las ciencias pertenecientes á ella. De mas de trescientos documentos que contienen no hay uno que no tenga un carácter profundamente marcado de utilidad é importancia. Arriba dejamos dicho que estos viajes están referidos con todo el rigor y precision de la ciencia: ahora nos toca añadir que la ciencia ha ganado mucho con la amenidad, tersura y elegancia que le presta la pluma del Sr. Navarrete. En cuanto á método y coordinacion nos escusamos con harto fundamento de

(1) Véase el prólogo del tomo IV.

decir nada, porque seria repetir lo que ya hemos apuntado y lo que todo el mundo sabe.

Al concluir la lectura de estos volúmenes por tantos títulos preciosos, un pensamiento de amargura se mezcla involuntariamente á tan gloriosos recuerdos. ¿Qué hemos venido á ser despues de tanto esplendor y poderío? « Sombras y lejos », para servirnos de la expresion de Calderon, es lo que queda de nuestra grandeza. ¿Qué se hizo la auréola resplandeciente que coronaba las torres de la opulenta Lisboa y de la imperial Toledo? ¿Qué se hizo de aquel imperio que el sol alumbraba con amor y con orgullo en toda la estension de su inmortal carrera? ¿Qué se hicieron los dias de San Quintin y de Pavía, el águila de Carlos V y la lanza de Hernan Cortés? Hace tiempo que la península es el cedro del Líbano caido por el suelo, y segun el lamento doloroso del poeta:

« En su rüina y tronco cuántas fueron
Las aves y las fieras se pusieron. »

No dudamos del porvenir, porque creemos en Dios; pero es cosa triste ver caido del cielo el astro hermoso de la España, y pensar que nuestros ojos se cerrarán probablemente sin verle brillar de nuevo en el horizonte.

ENRIQUE GIL.

AGONIAS DE LA CORTE.

La fiel copia de unos papeles que llegaron á mis manos, sin saber cómo ni cuando, y que como el lector verá, se reducen á una especie de historia, ó por mejor decir, á un trozo de historia, de un *quidam*, que en ellos quiso escribir algo de su vida, me vá á servir de argumento y de agonía para este opúsculo histórico-mortuorio, que copiando al pie de la letra los papeles que arriba llevo dichos, empezará así:

Si Dios quisiera que la poca educacion que me dieron mis padres, que Dios tenga en su santa gloria, me pudiera servir de algo, bien sabe el cielo, que con este recurso, haria yo llorar, con esto que de mi vida voy á escribir.

Perdóneme el lector si meto la hoz en mies

ajena, para decir que así en este extravagante comienzo de historia, como en su continuacion, no he podido menos de advertir muchas veces cierta confusion y falta de lójica, que forman un contraste muy singular, con la sensatez y formalidad que segun el sosiego de su estilo, debian ser las principales prendas del que escribió lo que vamos á leer. Puede nacer esta confusion, como él parece quererlo indicar en el principio tan oscuramente, acaso de que Dios no querria que la poca educacion que recibió de sus padres, le aprovechara para escribir fácilmente, trasladando sus ideas al papel, con la suficiente claridad. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la historia no está bien contada ni bien escrita, si hemos de atenernos á lo que segun parece deben ser las buenas historias.

Yo, sígue diciendo el que bien ó mal, al fin la cuenta, he sido siempre muy desgraciado y nunca he merecido mi desgracia, pero el mal de los otros me ha consolado, aunque siempre los he querido, como está puesto en la razon que nos queramos los semejantes. Nunca me ha sucedido mayor desgracia que la última. El amor es en la buena filosofía, fuente de grandes bienes y de grandes males. Aunque se le llamára rio, tan bien dicho estaria como fuente, y porque para mí lo ha sido, y muy caudaloso, y muy corriente y moliente, corriente de males, y moliente de bienes, que todos me los ha reducido á polvo vano, por eso estoy yo así, y por eso tengo mal humor desde esta última desgracia y esto basta. Grande es la voluntad de Dios, pero no se la vé, y esto si se reflexiona, es natural, porque todas las buenas prendas de Dios, son invisibles, como su providencia paternal, que es espíritu puro. Necesito muchos consuelos, y por eso los busco mas en la relijion, que es donde deben estar, que no en el mundo, porque ya se murió mi padre, y por eso quiero entretenerme escribiendo su muerte, que ha pasado sin ser sentida, y por eso la he sentido yo mejor que nadie, porque estaba muy cerca y nadie me ayudaba, ni hacía ruido.

Vinimos aquí, porque aquí como hay mucha jente, como que es la córte, todos viven mejor que en otras partes, porque están á la sombra del rey. Algunos reyes dan poca sombra, porque son chicos, y otros la dan mala, como la de la higuera, y otros no dan sombra ninguna, sino que arrojando rayos de viva luz, hacen desaparecer toda sombra de sus

reinos, pero al fin y al cabo mas calienta el sol que ellos. Es mucha confusion la de una córte, y no sabe uno lo que pensar á punto fijo.

Mi padre era muy conocido en el pueblo en que antes habíamos vivido, pero aquí en Madrid nadie le llegó á conocer, ni tampoco los vecinos que vivian en la misma casa, y esto es muy raro, porque eran lo menos trece familias, es verdad que estaban todas tan enredadas, que yo tampoco llegué á conocer á nadie: puede que todos se quejéran de lo mismo.

Yo me habia enamorado allá en mi pueblo antes de esto que voy contando. Lucía era hija de una pobre viuda, que habia sido mujer de un compañero de mi padre. Mi padre la aborrecia de todo corazon, cosa estraña, porque era mi padre el hombre mas dulce y mas cristiano que Dios ha echado al mundo. Lucía y yo no nos conocimos, por amistad de nuestros padres, nos conocimos, ó por mejor decir la conocí yo á ella, guiado por el amor. Habia yo salido una noche de diciembre, el día 7, llevado por mi melancolía, á dar cuatro vueltas por un paseo muy solitario que habia y debe haber aun en mi pueblo; la noche no estaba oscura, y solo una neblina cenicienta era la que hacia que no fuera una noche clara y hermosa. En otras muchas cosas tenia yo que pensar aquella noche; pero apenas me ví solo y lejos de lo que todo el día me habia estado atormentando, cuando todas las partículas abstractas de mis innumerables pensamientos, se reunieron en cuerpo, y de lo que no era otra cosa que desperdicios de pensamientos útiles, formados por deseos vagos, que á cada pensamiento le sobraban, vinieron á hacer el pensamiento mas inútil, que hoy día, porque entonces no pensé así, creo que puede apoderarse de un muchacho todo entero; porque no se apodera este pensamiento solo de su cabeza ó de su corazon, sino de todo él, desde los pies hasta la cabeza. El pensamiento del amor, se apoderó de mí de tal manera, que no me acuerdo ya de lo que entonces me divertí. A la verdad que me hacia mucha falta una mujer. ¡Cosa mas rara!—al través de la neblina, alcancé á distinguir enfrente de mí, y á alguna distancia, cerca de la fila de casas contiguas al paseo, una figura blanca, seguida de una cosa negra, que saliendo de ella misma, no parecia sino que á cada paso perdía de su blancura la figura aquella, y convirtiéndola

se en negra, dejaba un rastro de este color, que es lo que las sucede en el camino de la vida, á las figuras mas blancas, á cada paso que dán. Me acerqué corriendo, llevado mas que nunca por mis ideas de amor. Como en el espacio que tenia que atravesar, dí tres ó cuatro tropezones, cuando llegué cerca de la figura, ya ésta iba á entrar en una de aquellas casas, pero no antes de que yo tuviera el gran placer de distinguir que era una mujer, esbelta, de deliciosas formas, con el cabello suelto, que era la cosa negra que la seguia, y vestida de blanco, lo que me dió tanto frio, en el tiempo que hacia, que me rebujé con fuerza en mi capa.

Luego discurrí, que mejor hecho hubiera estado, no abrigarme yo tanto, y ofrecerla mi capa.

Entró aquella mujer en la casa, y yo me quedé solo y con mis ideas de amor á la puerta. El frio me hizo mudar de posicion y comencé á pasear. Hasta entonces mis pensamientos no se habian fijado en ningun objeto, y habian vagado de una parte á otra, sin hallar sosiego en ninguna, pero como aquella mujer vino tan á propósito, á presentar á mis ojos la imájen, sobre poco mas ó menos, de lo que mi imaginacion andaba buscando; desde aquel momento, todas mis ideas formaron en torno de ella, un círculo, y cada una la pedia lo que la hacia falta. Pedido de mil distintas maneras, lo que todas ellas pedian era amor.

Otras ideas tenia yo que hubieran seguramente pedido otra cosa, pero estas no entraron en corro, como era muy natural que sucediera, por ser yo entonces mas jóven, y no poder pensar mas que en una cosa, con un olvido completo de todo lo que no tuviera relacion con ella. Para eso ahora no puedo pensar en una sola cosa, ni de una sola manera, sino que cada idea se enreda en otras, y me las saca enredadas, como dicen que sucede con las cerezas, aunque á decir verdad, un dia que de una cesta quise robarla algunas á mi madre, fiado en esto que se dice de las cerezas, y por hacer el hurto con mas delicadeza, tiré solo del palito de una, y una me salió lisa y coloradita como unos cielos. En las cositas mas pequeñitas, vá acostumbándose poco á poco la suerte á ser juguetona y maleante, cosa muy natural, en razon de que en eso se diferencia la suerte perra, de

otra porcion de suertes sin nombre de animal, de que se compone la fortuna.

Sin pensar en otra cosa que en aquella mujer, me quedé tan frio, que segun creo estuve allí paseándome casi toda la noche. Dormí bien, y por la mañana amanecí con una idea nueva que me convertia en todo un hombre.

Era cosa de casarse, porque yo necesitaba amor, y mi corazon no podia ya vivir sino unido á otro, y ademas para eso ha nacido el hombre, cosa muy natural, en razon de que ha nacido para todo lo que hace, y eso lo hace casi siempre el hombre, por mas que nadie sabe, cómo diablos se las compone para hacerlo. Se lo dije á mi padre, que me preguntó, con quién, y como yo no lo sabia, no me dijo ni sí, ni nó, ni me habló una palabra de nuestra pobreza. Salí al momento y me fuí á la casa donde habia entrado la noche antes aquella mujer. Llamé, me abrieron, y subí. El cuarto era tan bajo de techo, que al tiempo de estirarme un poco para decir con dignidad lo que yo llevaba pensado en vez de saludo, que era esta frase: —mis intenciones son buenas; quiero casarme,—pegué con la cabeza en una viga, y me hice bastante mal.

«Mayor fortuna no podia entrar por las puertas de mi casa, dijo la madre de Lucía: tu padre, hijo mio, era compañero del de mi bija, y por cierto que no se ha portado bien con la pobre viuda de su amigo íntimo.—Pero, hijo mio, ¿dónde has conocido tú á Lucía? Yo te he visto muchas veces por ahí, y te he mirado mucho, pero nunca he observado que nos mirases tú: vamos, está visto, los jóvenes nos la pegais como quereis á los pobres viejos.»

Yo creo que no es mas encendido el color de la grana, que el que entonces salió á las mejillas de Lucía, que vestida con el mismo vestido de la noche anterior, que no era enteramente blanco, y cosiendo en frente de su madre, labor que solo habia interrumpido para tirar del cordel de la puerta, estaba tan hermosa, que no necesité yo mas que verla, para enamorarme verdaderamente, y darme á mí mismo la enhorabuena, del tino con que mi instinto me habia llevado á ciegas á encontrar mi felicidad. Saqué á la madre de Lucía de su equivocacion, y pinté como mejor pude el amor que habia concebido tan repentinamente por su hija. Esta ni me miraba, ni se daba por entendida de ninguna de las satis-

factorias expresiones que su madre me dirijia.

Parece imposible que los matrimonios se hagan con tanta facilidad. A los quince dias de esto , ya habia yo vencido , luchando casi á brazo partido con mi padre, y habia adquirido la pacifica y santa posesion de una mujer , cosa muy natural en razon de que habia yo hecho mas que nadie en este negocio. Me separé llorando de mi padre, que no quiso vivir con nosotros : esta separacion me causó mas dolor, que placer me habia causado mi union con la nueva familia , pero no me duró mucho la suegra , que á los ocho dias de enfermedad, habia ya concluido con todos nuestros recursos , sin que por eso la faltára nada en los veinte que estuvo en la cama. Todo el barrio sabia el apuro en que nos encontrabamos , y á todos los vecinos les haciamos tanta gracia los dos recién casados , que no hacian conversacion de otra cosa, que del trance en que nos encontrabamos , que era indudablemente una de las cosas mas notables que sucedian en la ciudad. Cada conversacion de estas tenia por resultado algun socorro, cosa muy natural, en razon de que no hay como hablar de las desgracias , para socorrerlas. Aquí donde yo estoy ahora, no se habla nada de nada. Entre las mujeres que en aquella desgracia nos ayudaron , lo menos encontré cuatro , tan buenas como mi madre.

Hay mucha jente buena en el mundo , en los sitios en que hay poca. Nada la faltó á mi suegra , á no ser la vida. Murió , sin que nosotros nos separásemos de su cabeecera , rodeada de tres ó cuatro antiguas amigas suyas , y espiritualmente consolada , por su confesor , que lo habia sido muchos años , y la queria íntimamente , como á su hija de penitencia. Murió mi suegra felizmente , y tanto , que hasta el obispo se interesó en su muerte , y gracias á los pasos que dió el confesor con un cura amigo suyo , gran familiar de su ilustrísima , de su mismo bolsillo hizo el obispo una limosna , para hacer á mi suegra un entierro bastante decente , que no hubiera la pobre disfrutado sino hubiera sido por tantas relaciones como en medio de nuestro aislamiento y pobreza teniamos en la ciudad. Lucía lloró mucho , y estaba tan hermosa en su dolor, que me hizo llorar á mí , y todavia me acuerdo de los buenos ratos que pasé llorando. Entonces volví á reunirme con mi padre.

¡Ay de mí! Todas estas cosas que por ser de mi

PRIMERA SERIE, TOMO I, 6.^a ENTREGA.

amor he recordado , están muy lejos de ser lo que yo quiero escribir , pero es cosa muy natural que me haya distraido algo de mis penas , en razon de que todos son sentimientos , Lucía y mi padre. Era bueno , muy bueno y mejor para mí : un poco viejo , algo alto era , pero yo bien alcanzaba á abrazarle , y en uno de estos abrazos , le hice consentir en venirse conmigo á Madrid. Lucía se alegró infinito de esta determinacion , y aunque á nadie le importe que nosotros viniéramos contentos , á mí me hubiera importado que mi padre hubiera venido con mas alegria , como es muy natural, en razon de que , yo era quien le traia.

¿Con qué esperanzas venia yo á la córte? Con ningunas. ¿Con qué recursos contaba para vivir en ella mejor que en otra parte? Con muchos ; con todos los recursos de la paciencia y con todos los tesoros del sufrimiento con que cuenta el que ha vivido , vive , y sabe que vivirá , mal en todas partes , y en todas partes entregado á lo que buena-mente pueda sucederle.

Lucía vino muy alegre , cosa muy natural en razon de que cuanta mas jente la viera , mejor para ella , porque era muy hermosa. El placer de enseñarse , es sentido y apetecido por todas las cosas bellas de este mundo , y el pavo que es un animal bastante estúpido y que allá á su modo debe ser muy bello , y estar muy en ello , no bien se vé delante de jente , cuando se hincha de placer , y goza el solo , mucho mas que todos los que le miran, en hacer la rueda. Yo tambien vine alegre , porque Lucía lo estaba , y no me metia yo en mas averiguaciones. Para ponernos alegres con alegrías ajenas , no hay como no buscarlas el orijen , que puede ser tristeza pura , para quien le busca , y mas pura , cuanto mas le interese la persona que se rie. Mi padre no venia muy alegre , porque era un hombre muy metido en sí , y luego habia vendido una casaca de uniforme y siete cruces , cuando procuramos hacer todo el dinero posible para salir de nuestra ciudad.

El hombre mas limpio que yo he conocido , era mi padre : tenia su capricho en unas cuantas prendas que conservaba casi nuevas en su baul. Toda la ropa de su uso , era mas vieja que él , y en toda ella no habia mas que una mancha debajo de un boton de una levita de uniforme. No se veia la tal mancha , cosa muy natural , en razon de que estaba cubierta con el boton ; pero mas espíritu de vino le tiene costado á mí pobre padre,

que el que me sería necesario para limpiar toda la porquería de todos los hombres que se han encuciado en esta época, con los cuales no gastaría yo ninguno, porque valen menos que la levita de mi padre.

Así que yo corrija un folleto de política, que me ha salido muy mal escrito, veremos quién yo soy: pero esto no viene bien aquí, y al folleto me remito.

Yo toco un poco de violín, y mi padre conocía á algunos jenerales. Como para el cultivo de las bellas artes no hay como una Côte, y lo mismo para el cultivo de buenas relaciones, yo con las ilusiones de artista, y mi padre con las suyas de alcanzar algo; yo mediante una justa y esperada retribucion de mi trabajo sobre las cuerdas, y él mediante una justa y esperada memoria de los que le habian visto en otro estado, uno y otro, si bien se mira, teniamos al venir á Madrid algun objeto que podia hacer las veces de esperanza, cosa muy natural, en razon de que cualquiera cosa sirve para servir de esperanza. A los cuatro dias de nuestra llegada, ya viviamos en nuestra casa;—yo no sé á punto fijo, sino que estaba tan alta y tenia tan pocos cuartos que habitar, que debia ser bastante mala, pero era mejor que esta en que ahora vivo, porque como ahora estoy yo solo y no compongo familia, no necesito tantas comodidades. Yo arreglé mi violín, Lucia se hizo un vestido nuevo de un color tal, que hubiera escandalizado en una provincia, pero que en la Côte no pasaba de ser un medio color—á mí me gustó mucho, y al pagar los reales vellon de su importe, dije lleno de alegría—¡anda con Dios! ¡que bien los vale! Mi padre por su parte empezó á dejarse el bigote, que entrecano y caído, despues que le creció, daba á su cara el último chafarrinazo que podia pedir una fisonomía militar. Por una casualidad tuve yo la fortuna de ver á todos los jenerales que mi padre vió, y en todos ellos hallé simples particulares, que ni aun con su grado y todo, podian ser graduados de otra cosa. Cuando yo iba á comunicarle esta idea á mi padre, me espresó él el mismo pensamiento con otras palabras, y los dos nos hallamos de acuerdo en este punto, y él renunció á todas sus esperanzas, visto lo poco que valian sus conocidos, y trató de olvidar su antigua vida, y poco á poco la olvidó tan bien y se entregó á una tan nueva que nunca lo hubie-

ra yo creído. No lejos de nuestra casa habia un café, cuya poco numerosa parroquia, apenas le abandonaba todo el dia. Dos militares viejos, y mas que viejos avejentados por la mala vida, cada uno con su correspondiente baston de espino, pintado de amarillo, el uno con levita y tricordio, malas prendas las dos, y con mas lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrion, estrecha y lamida de faldas la casaca, y ancha y campanuda la imperial del morrion, el uno con botines de paño y el otro sin ellos, y los dos con los pies metidos en unos zapatos, fuertes como de tabla por las palas, y gordos como un tocino por las suelas, bien cosidos, y sin puntas por que encerraban la del pie en redondo, amigos íntimos los dos, los dos militares eran los que á las doce de la mañana en todos tiempos, se sentaban los primeros, cada uno á un lado de una de las cinco mesas que habia en el café, que era mas chico que la tabla de muestra que tenia encima de la puerta. Esto de estos dos militares no lo he escrito yo, que lo he copiado de una sátira de un dentista, que era tambien parroquiano del café, y se divertia algunas veces en hacer burla de todos los que se reunian en aquella mesa, cerca del mostrador, debajo de un reló de música muy viejo, al lado de la trampa de la cueva. Este dentista que tendria unos sesenta años, y muy poco que hacer en su oficio, era tambien del corro, que además de él y los dos militares, se componia de un relojero, cuya tienda estaba al lado, dirigida por un hijo suyo, y de un copiante de música que habia sido corista hasta los cincuenta años en muchos teatros estranjeros, sin encontrar en ninguna parte, como le decia el dentista, la honradez de canto que en España.

Toda esta jente estaba en aquel café hasta las dos ó las tres de la tarde y volvian unos antes y otros despues hasta muy tarde por la noche. Mi padre se acostumbró á ir allí, y bien pronto lo olvidó todo en aquel círculo de amigos, que pasaban su tiempo olvidando sus penas y soltando una cana cada dia, á favor de una mistura que bebian, que les hacia hablar con gusto y con calor de cualquier cosa, aunque siempre con decoro, porque hacia allí su oficio la educacion de los militares de graduacion, que eran tres con mi padre. Se cubria seis ó siete veces todos los dias, la mesa, de vasos, llenos por mitades, de agua caliente y de vino del mas barato: sacaba el den-

tista un pomito del bolsillo del reloj que le servía para esto, y echaba en cada vaso unas gotitas de un líquido de color de naranja, muy encendido; y con esto, aquel vino malo, mezclado con agua, cojía tanta fuerza, y un sabor, aunque no bueno, tan picante, que se convertía en una excelente bebida espirituosa. El dentista ejercía gran influencia en el corro, y este era el premio del gran servicio que hacía, proporcionando á sus amigos el placer de rejuvenecerse con un licor eficaz que no les costaba mas que tres ó cuatro reales diarios, á escote entre todos los compañeros. De cada pieza de dos cuartos, se le rebajaba además al dentista un ochavo, y con esto, decía él que aun le sobraba dinero para la confección de su portentoso elixir. Estaban tan bien avenidos entre sí estos buenos amigos, que quitadas algunas libertades que se tomaba el dentista, á quien todo se lo permitían con gusto, porque era muy oportuno, por lo demás, en las pocas veces que yo acompañé á mi padre entre aquellos señores, nunca observé que se faltaran al respeto debido, y aun en los momentos de mas efervescencia en la conversacion, y de mas alegría ocasionada por el abundante licor, nunca se oponían uno á otro, sin que precedieran algunas palabras de buena educación, como estas por ejemplo.—Lo que es en eso, perdone V., caballero D. Antonio, pero no puedo menos de no creer del todo lo que V. dice, etc.

Como todos ellos eran viejos, y como yo andaba procurándome por todos los medios posibles, algun empleo de mi conocimiento del violin, ya fuera ajustándome como músico en alguna parte, ó ya adquiriendo relaciones, para que me llamasen á tocar, donde pudiera ser necesario, dejaba que mi padre pasase sus horas con sus nuevos amigos, con los que cada vez iba ligándose mas, perdiendo poco á poco sus antiguas costumbres, y adquiriendo otras nuevas, y hasta otra manera de pensar, y yo entretanto, pasaba las mías en mi casa, ejercitándome en tocar el violin, con dos objetos, el principal para adquirir soltura y fuerza en el brazo derecho para el penoso manejo del arco, y luego para alegrar algo á Lucía, á quien yo quería mas que á todo el mundo. Yo estaba alegre solo con tenerla á ella, y eso que ella estaba siempre de mal humor. Mas que mis caricias la alegraba mi música, y mientras yo tocaba, ella no se reía, ni nada, pero perdía el

ceño, y su frente tersa y blanca estaba tan hermosa que así la hubiera yo querido ver siempre. Con esto apreciaba yo cada día en mas mi arte, y admiraba la gran influencia de la música en el mundo, cosa muy natural en razon de que mientras yo tocaba, no veía mala cara en mi mujer que llenaba todo mi corazón. No había yo podido todavía ni tan siquiera concebir esperanzas fundadas de ganar algo en mi arte, porque no sabía cómo, y ya habían pasado en esto algunos días, y pronto íbamos á tener muchísima necesidad de algun dinero.

Mi padre estaba siempre muy contento, en su café pasaba su día, y me aconsejaba que hiciera lo que él, porque la vida debía pasarse así; y me decía que á él le habían abierto los ojos desde que estaba en la corte, y había tenido la fortuna de caer entre amigos de esperiencia, y no como nosotros, que no habíamos visto el mundo mas que por un agujero.

A mí me daba pesadumbre el cambio de mi padre, que siempre olía á la bebida del café, había dejado ya de cepillar su ropa con tanto cuidado como antes, limpiando muy raras veces la mancha de la levita que era ya mas grande que el botón, pero todo lo daba por bien empleado, porque le veía pasarlo bien, cosa muy natural en razon de ser yo su hijo. Una noche que me dijo Lucía que saliera un rato y la dejara en paz con su mal humor, me aflijí yo tanto, porque esta era la primera vez que advertí que era algo áspera de carácter, que me fui al café á buscar á mi padre y á tener allí un rato de sociedad. Había muy buena conversacion, y todos tenían muy buen color, y á mí me dió mucha tristeza el ver tan colorada la cara de mi padre. Estaban hablando de una boda de un pariente del relojero, que se iba á celebrar al día siguiente.

—Aquí está mi hijo, dijo mi padre, al verme entrar, que se ha casado contra mi voluntad, y lo que es ahora me alegre y lo mismo me dá de una cosa que de otra. ¿Nó es verdad? preguntó, sin dirigirse á nadie, y haciendo dar á los ojos una vuelta muy particular, y poniéndolos casi en blanco, escupió y lamiéndose los vigotes, se quedó riyendo con mucha sorna, con la cabeza ladeada, y con una mano levantada y vacilante en medio de la mesa.

—¿Y quién se opone al amor como se prueba con las obras de los buenos maestros?—Dijo de segui-

da y sin punto ni coma el copiante de musica, con una voz algo bronca.

—Se opondrá la misma naturaleza, si lo consideramos detenidamente y con aquel..... con aquel.— No pasó de aquí uno de los dos militares que cojió el vaso, en tanto que el dentista, riéndose y mirándole le contestaba.

—V. no tiene naturaleza, pero por eso no podemos negar que existe..... y si V. la conociera como yo que tengo motivos.....

—Caballero D. Francisco, le interrumpió el otro militar, perdoneme V. pero no ha de tener naturaleza el Sr. D. Antonio!

—Si, natura, respondió el dentista, D. Antonio es natura, pero el amor..... quiá!..... yo no sé..... déjelos V. que se casen, Sr. D. José, que eso es todo y eso es bueno.

—Yo, dijo el relojero, lo que quiero es que se casen, y tanto lo quiero que yo mismo he de pagar la música de la boda.

—Caballero, le dije yo entonces, aquí hay un violin, y aunque yo no tenga mas gusto que el de conocerle á V. por amigo de mi padre, si á V. le parece, yo iré á tocar á esa boda, porque el violin...

—El violin lo llena todo, interrumpió el copiante de música: quien dijo instrumentos, dijo violin, y en eso puedo hablar.

—Todos hicieron mil elogios de las bodas, de los violines, y de mí, y de mi padre, y yo me puse muy contento porque vi en todo esto, el principio de mi carrera y la esperanza de algun provecho.

Este primer gozo que habia tenido desde mi llegada á Madrid, me le aguó un accidente que le dió á mi padre, que le hizo caer en aquel mismo momento de la silla al suelo. Turbóseme la vista, creyéndole muerto, y apenas oia las diversas opiniones que manifestaban todos acerca de lo que aquello podia ser.

—Mi elixir no produce jamás esos efectos, y perdonenme VV. Sres., pero esto es un accidente apoplético. Hijo mio, no hay que quedarse tonto, sino espavilarse y á casa con papá. Yo le ayudaré á V. á llevarle. Vamos andando. Y el dentista y los demas amigos de mi padre, le cogieron, y yo los guié hasta nuestra casa que estaba muy cerca. Asi que llegamos, le pusimos en la cama; el dentista despues de haberle examinado, se decidió con valor, porque dijo que sino iba malo, á hacerle una sangría, y con un cor-

taplumas que le prestó el copiante de música, le abrió una larga incision en una vena, que gracias á lo bárbaramente herida que habia sido, dejó salir alguna sangre, que dió sin duda alivio á mi pobre padre y á nosotros esperanzas de que acaso viviria.

Alabada sea la voluntad de Dios, sigue diciendo el que escribe lo que copio, pero no he pasado en mi vida una noche mas alegre que esta en que mi padre estuvo á dos dedos de la muerte. A la alegría que sentí asi que mi padre, aliviado por la sangría, empezó á respirar tranquilamente, se unió el contento que me daba el hallarme entre sus amigos que pasaron la noche en casa, porque sentados una vez á la mesa donde cenaron algunas frioleras que yo mismo salí á comprar, se enredaron en conversacion; y con ella y con su habitual bebida, que sin costarme mucho, duró toda la noche, gracias al elixir del dentista, á unos dormidos, y á otros despiertos, y con la risa en los labios, á todos nos cojió la mañana, despues de una velada que se pasó con cuentos graciosísimos que contó el dentista, y que celebramos todos. Yo soy tan amante de la sociedad, que al ver reunida en mi casa esta tertulia, se me ensanchó el corazon, viendo ademas que mi padre de un momento á otro se ponía mejor hasta llegar á reirse á carcajadas á lo último de la noche, de las gracias que se le ocurrieron al dentista, sobre lo milagroso del cortaplumas del copiante, que segun él decia, por broma, habia sacado sangre, de donde la mejor lanceta del mundo no hubiera podido sacar mas que agua caliente y vino con algunas gotitas de su espíritu, llamado por él en aquel momento, con unos jestos que nos hicieron reir á todos, el verdadero nectar ambrosiaco, ó ambrosía nectarizada, sublunar, racional y económica del doctor Embriagabeodolopon el Persa.

Tanto gusto le dió á mi padre la alegría del dentista, que incorporándose en la cama, y con los brazos abiertos le llamó con la voz cortada por la risa, y despues que le tuvo estrechado al pecho, en donde habia venido el dentista á caer con paso trabado y poco firme, estuvieron los dos asi apretados, riéndose y revolcándose por la cama, hasta que los dos, cansados, se quedaron dormidos, mientras nosotros en la mesa nos entreteniamos en poner al copiante de música, el botín de uno de los dos militares, por alzacuello, por-

que iba á hacer alguna escena, de muchas que sabia de abate músico gracioso, bufo cantante con voz de pecho simple y con voz de pecho doble, para todo lo que pudiera ocurrir en los trece primeros sostenidos, guturalmente considerados con relacion á la armonia instrumental de las notas nones, —cualidades, señores, nos decia, sin las cuales no hay posibilidad de verdadero bufo, sobre todo en la ópera semiseria. En lugar de hacer la escena, siguió hablando y disputando con los dos militares y con el relojero, hasta que alzando á este la visera de una gorra de nutra, que no se habia quitado en toda la noche, vió que estaba dormido, con la boca entreabierta, dejando ver sus únicos tres dientes largos y negros que siempre le salian fuera de la boca, apoyándose sobre el lábio inferior, pero que ahora se le veian todos, porque tenia recojido el lábio superior como que el sueño le cojió riéndose.

Y poniendo aquí punto final á este capítulo, dejo con dolor á mis lectores en la penosa incertidumbre en que yo estaba de esta historia, cuando como á ellos les sucede ahora, iba yo leyéndola renglon trás de renglon, sin que ninguno de ellos, ni muchos reunidos, me contentasen gran cosa.

(Se concluirá.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

FRAGMENTO.

Y á la luz del crepúsculo sereno
Solos vagar por la desierta playa,
Cuando allá mar adentro en su faena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa que tímida suspira
Dulces aromas, y frescor respira.

Y húmedos ver sus ojos de ternura
Que abren al alma enamorada un cielo,
PRIMERA SERIE, TOMO I, 6.^a ENTREGA.

Estáticos de amor y de dulzura
Con blando, vago y doloroso anhelo:
Májia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento déteniendo el vuelo
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algun dia.

Y respirar su perfumado aliento,
Y al tacto palpitar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de molicie y sentimiento
Tiernos suspiros, lánguidos jemidos,
Mientras al beso y al placer provoca
Con dulce anhelo la entreabierta boca.

JOSE DE ESPRONCEDA.

CELOS.

I.

—Marquesa mia, tus pupilas son luz: cuando derramas por mí una mirada siento rubor. ¡Oh, sí, rubor! porque penetran tanto!.... Y dime, Marquesa mia, ese lazo de cinta color celeste, que llevas prendido apenas en el pecho, es por mi mal el soplo de algun ángel cariñoso que lo mueve con tan imperceptible movimiento, con tanta vaguedad y dnosura?

—Ah!....

—Suspiras, amor mio, y el metal de tu voz vibra en mi alma como el sonoro golpe de la campana de cristal bajo la bóveda de oro.

—Ah!

—Si tu lloraras seria mi mayor ventura.... mi amor es tierno, melancólico, apasionado, dulce; su significacion no cabe en la palabra, la alegría lo insulta; lo despedaza la risa, y su mas aprosimada fórmula es una lágrima que al resbalar de la mejilla huye vaporosa porque es esencia del corazon soltada al viento, que se difunde y sube á otras rejiones.

Mi mano izquierda juega con las negras trenzas de tu cabello; es flojo y brillante como la seda, leve y voluptuoso como la pluma que ondule desprendida del cuello de la garza remontada. Tu eres dócil como el armiño domesticado en el regazo de la sultana.... ¡Cuánto te adoro!... Mi mano derecha prueba esconderse avergonzada entre tus enanillas manos de plumon de cisne cuajadas de perlas; pero no cabe.... ¡Marquesa!.... qué sortija es la que llevas en el dedo anular que me deslumbra y nunca te la he visto?... No, no, no recates la mano ¡me matarias! no lores tampoco; una lágrima tuya en este solo momento pudiera hacerse á mi sospecha mas funesta que la punta de un dardo envenenado. ¿Qué sortija es esa, Marquesa? ¿Qué hay en ella? ¿Qué indica? ¿Cómo vino ahí? Todo, todo, sin omitir nada quiero saberlo..... pero, Marquesa, ¿y el lazo azul? ¡Ah! coloca, coloca desleal la mano con el anillo sobre tu corazon!....

—¡Ah!

—Cuéntame por compasion mi propia desventura! ¿Cuál es esa sortija?... espera.... tu has tocado un resorte á la sortija, es un espejo: el pensamiento se retrata en ella; veamos.... ¡Oh, Dios mio, por qué nací en mal hora! Este anillo es una obra maravillosa del arte, ó un prodigioso encanto; es el talisman de un mago ó la tumbaga pasmosa de alguna hechicera.... no sé, no sé, me confundo y no acierto: veo en ella desde tu cintura hasta el último de tus revolados cabellos, te retratas en todo esactísimamente y con una diafanidad que la vista recela penetrar; tu reverberacion llena el disco del espejo y sin embargo el *pensamiento* se esculpe tambien; y está en todas partes, sobre tu rostro como una mancha, sobre tu corazon como una llaga, sobre tu frente como el sulco de un rayo, como una maldicion ó un anatema.... en fin, tiemblo, créeme, y mis ojos abrasados, con anhelante mirada, asemejan aquellas águilas sedientas que planean bordeando una mentida laguna y se lanzan hasta que hienden la nada de un *miraje*, ó hallan un golpe asesino contra las cristalizaciones brilladoras de una roca.

¡Oh dolor y ay de mí! idólatra vendado á quien trocaron su ídolo por la serpiente!.... por la serpiente, sí; y no recates la mano porque existen momentos de fiebre delirante en que con sus propios brazos se desarropa á sí misma el seno la mas

honesto doncella, porque hay instantes en la vida superiores al decoro, porque estos momentos son de celos, y porque los celos son vértigo y fiebre delirante que pudieran ajar.... tanta hermosura!!!

II.

Un punto de suspension amenazante bastó para intimidar á la preciosa Marquesa de Tívoli, la cual plegando los párpados en señal de su resignacion abandonó la mano á voluntad del impetuoso amante.

Esta mano nítida, mórbida y torneada con todas las proporciones del deseo; esta mano perfumada y *coqueta* que al recorrer las sonoras cuerdas del harpa se perdía vaporosa y tan leve como la brisa sobre un campo de flores; esta mano que acarició el amor, cayó aprisionada entre las de Gonzalo, que sin piedad de sus femeninas formas, bárbaro la oprimió, ni mas ni menos que lo haría un cosaco.

Clavó sobre ella luego con avidez insaciable los penetrantes ojos: allí estaba la sortija, tembló su cuerpo entero y ajitó convulsivo la cabeza.

En tanto, la Marquesa de Tívoli, su adorada prima, se ofrecia mas seductora que nunca, sus miembros caian abandonados con jenerosa docilidad y blandura, y sobre la esbelteza de sus formas, plegadas las transparentes ropas flotaban vagamente: la lánguida madeja de sus cabellos se le habia esparecido por el seno, dando á la hermosura una espresion de sensibilidad sublime, de abnegacion extrema que movia mas antes á doblar la rodilla y á adorarla que á orgullecerse de un tan débil vencimiento. ¡Oh cuán hermosa estaba! al propio tiempo dos claras lágrimas, mágicos ornamentos del dolor, vagaban por el cielo de sus ojos, y las facciones de su rostro encantador puestas á discrecion y por completo entregadas á las sensaciones del alma eran otro espejo traidor en que pasaban las faces del corazon, las escenas en perspectiva de la vida, los deseos y temores, los giros y los saltos de la memoria, para desde allí irse deslizando uno por uno trazados con mentido fantástico reflejo por el bruñido cristal de la sortija.

Gonzalo frenético, los labios pálidos y convul-

sos aferraba contra su rodilla la mano de la Marquesa; y sin un instante distraer la mirada, asiendo fuertemente con sus crispados dedos repetía muchas veces rechinando los dientes de coraje.

—El proceso, el proceso criminal aquí presente lo tengo!....

—Ay, ay! gritó la muy delicada, la mórbida, la diáfana y aérea Marquesa de Tívoli al sentirse una vez sobre todas atarazar la mano con fiebre, y era que el celoso galán había creído vislumbrar, como por la sortija pasaba una mujer tapada que quiso reconocer.

Fustrábase la certidumbre cierto crepúsculo facticio que por el fondo del cristal vagaba; y para cotejar y cerciorarse, para enmendar un juicio temerario, caso que para él dichosamente lo fuera, comparaba, miraba y remiraba cada vez más alterado y con más agitación y sobre aliento.

El descaro insolente del amante turbó el rostro á la aflijida dama, que con el velo se arrojó los hombros y cubrió la nieve y el carmin de sus mejillas.....

¡Ah era ella!

Y cerciorado el joven, maldijo de sus pasadas venturas, su torpe confianza y el sí primero de la mujer amada.

—¿A dónde irá? la noche cae, la hora es siniestra y el traje sospechoso; su misma timidez es su delito.....¿pero qué día, qué día fue este? fue ayer? hace tres años, ó cuándo fue?

Así consigo mismo conversaba el frenético amante, cuando aquel campo de vaguedad sombría en que miraba y no veía apenas, cuando aquellas confusas medias tintas fueron relevando en claridad, hasta que desplegaron un resplandor riente.

Vió luego en lontananza, como, en una dirección concéntrica una deslumbradora multitud de preciosos objetos venían marchando sin vacilar y creciendo por líneas sucesivas á armonizarse los unos con los otros.

Juntáronse en fin sin el más perceptible rumor, y quedó erigido un gabinete más voluptuoso y elegante que el *Camarino* de la más admirada prima donna. Las paredes fulgían recamadas de oro y de seda, los aristocráticos terciopelos puestos en pabellones simétricos parecían aguardar un congreso de Reyes; cada dosel á su monarca: las alfombras del pavimento sirviéranle á un Sultán en su molición. Los transparentes de Persia; los divanes de Damasco, los tremoles de Venecia, los pe-

veteros de ambár, los jarrones de la China coronados de rosas, de azahares, lilas, jazmines, madre selva, anémonas, claveles y renúnculos, de alelies, jacintos y adelfas, de celosos lirios, tulipanes altivos, candidas azucenas y tímidas violetas; que se escondían esalando su esencia delicada por entre aquel gayo conjunto y redolencia suave, por entre aquella compendiada y voluptuosa primavera.

Las bujías flameaban, la soledad y el lujo señoreaban el espacio, la dama tapada se había perdido en la dirección furtiva que llevaba, pero fue solo por un momento tal como abrir y cerrar los ojos, porque súbito brotó de nuevo en mitad del encantado gabinete.

Allí arrojó un suspiro de ternura; sentíase cansada y se dejó caer sobre unos almohadones; siempre velado el semblante ya más por distracción que por recato.

Gonzalo vivía por las pulsaciones de su sangre, devoraba el anillo con la vista, semejante al reo magnánimo que quiere oír de golpe su última sentencia, é impaciente de que la tapada mantuviera por más tiempo el incógnito, arrebató el velo de la frente á la marquesa de Tívoli, y....

¡Ah era ella!

—¡Oh desleal y pérfida y traidora!

En aquel acto, cual si lo hubiera improvisado la voluntad de la dama fantástica, apareció en el gabinete muy junto á ella un elegante mancebo, el cual se mostraba indiferente, y la visión del antifaz le selló un beso en los labios....

¡Ah era ella!

La perjurá tomé luego una actitud suplicante, y el desconocido la rechazaba con despego.

Cayeron ya por último el uno en los brazos del otro, y el gabinete encantado comenzó á dar vueltas y los amantes á confundirse, y todo junto se alejaba en loco movimiento y devaneo, maldados los objetos entre sí cada vez más pálidos y confusos, volteando sin cesar en un vertiginoso remolino hasta desvanecerse como un vapor perdido allá á lo lejos....

III.

La marquesa de Tívoli no tiró del cordón de la campanilla, no llamó á su doncella, ni dió ese grito nervioso con que las mujeres preparan de improviso toda nuestra existencia en su defensa, muy al contrario, recobró su enerjía y recostando la lánguida cabeza de su amante se acercó al tocador; alcanzó en fin un gracioso pomo de esencia, lo derramó en su pañuelo, y volviendo al socorro de Gonzalo le frotaba la frente. A todo esto, era tan leve, que ni los pliegues de su túnica se sentían crujir.

Es cierto que el viejo Sir Thom Annesley, su esposo, antiguo Legado de Inglaterra, se encontraba en casa, y no muy lejos del aposento, divertido en restaurar un mal parado lienzo del *Es-pagnoleto*.

La marquesa herida de dolor, pálida y amorosa contemplaba el rostro sin alma de su amante.

¡Ah! tembló por él, lo reclinó en su seno, y se le desprendieron dos lágrimas, que fueron resbalando hasta caer en los párpados de Gonzalo: abrió el jóven entonces los ojos y ella soareía.

¡Oh! aquella espresion inefable de la abnegacion femenil no la comprendió Gonzalo, y le arrebató la sortija sin que ella pudiera evitarlo.

Hecho ya dueño absoluto de la prenda, la miró, remiró, y le dió cien vueltas con ansiedad loca, y sin poder hallar mas que una sortija sencilla, en cuyo aro estaban esculpidas estas palabras:

For Tear.

Que traducidas del inglés al castellano, significan:

Por temor.

A. ROS DE OLANO.



POESIA.

Estrofas de una composicion á la guerra de Oriente.

Julio de 1839.

Delito no, fatalidad del Asia,
Dormida en sus antiguos mausoleos,
Abrir á los avaros europeos
Su entraña de oro y de diamante abrir:
Fiar de la ambicion y la codicia
Los abundosos ámbitos de Oriente;
El golfo elaro del coral ardiente,
Las áureas venas del oculto Ofir.

¡La Europa en todas partes! Esta Europa,
El dolor de la muerte en las entrañas,
Lleva dó quier por márgenes estrañas
De sus crímenes ¡ay! el paladion.
Esta Europa sin fé, que al recostarse
En la tumba de cien jeneraciones,
Quisiera inocular en las naciones
El jérmen de su propia destruccion.

Allí está, allí. Del sórdido egoismo,
Por quien su gloria y su entusiasmo abjura.
Corrompe la funesta levadura,
Del Asia el corazon corrompe ya,
Arranca el exterior de la agonía
El alcorán en su mayor cimiento;
Dócil el cuello al eslabon sangriento,
El leon de Mahomet no rujirá.

¡Ay! que la Europa su inquebrable escudo,
Señora al fin de Dardanelo, embraza!
¡Ay! que levanta su terrible maza
Para imponer los grillos de su ley!
¡Ay! ¡que ya tiende al sólio del Oriente
Desde el seno del Bósforo los brazos,
Y ata en la red de sus traidores lazos
De tantos pueblos la revuelta grey!

En las comarcas de recuerdo santo,
Donde su hueste el musulman divide,
Ella el gran sol de las batallas mide,
Y clava en medio el campo su pendon;

Y allá en el mar en cuyas blancas olas
Olas de sangre volcarán los rios,
Inmóbles, como rocas, sus navíos
El trueno aguardan del primer cañon.

Pueblos que en las pasiones de los pueblos
Negocian como en viles mercancías,
Que sin la fé de sus primeros dias
No adoran otro Dios que el interés;
Los hijos de Ricardo y Godofredo
Recorren esa mística ribera,
Sin recordar en su estupor siquiera
¡Ay! que la tumba de sus padres es.

La tumba de su Dios. Vedla; esa Francia,
Madre de los tribunos y tiranos,
Lleva hasta allí, blandiéndola en sus manos,
Su arma de agitadora libertad;
Francia, esa Francia en cuyo vasto seno
Remueve Dios el porvenir del mundo,
Y-amamanta á su pecho moribundo
Hado feliz de venidera edad.

En vil mercado trastocando el órbe,
Por hacinar el oro en sus hogares,
Allí tambien, pirata de los mares,
Su púnica amistad vende Albion;
Y abriendo el ala que al rozar los tronos,
La envidia de los déspotas despierta,
Impele hácia Stambul, la garra abierta,
Su águila blanca, el Czar del Septentrion.

El scita y el inglés, los dos colosos
Que aprietan á la Europa entre sus brazos;
La Francia tricolor que hace pedazos
Cuanto la empresa de los siglos fué.
En pos caminan al fatal despojo
Pueblos y reyes en ansiosa muestra,
Y tiembla en derredor la gran palestra
Del asiano confín bajo su pié.

¿Porqué oprimió el inglés con sus navíos
Del Indo sacro la inviolada espalda?
¿Qué esperan ya del Cáucaso en la falda
Esas fieras estúpidas del Dom?
¿Porqué no desplomaron los sultanes
El trueno de su antigua omnipotencia,
Ni hicieron ya su ambicionada herencia
Aquella Europa que temblaba al son?

Porqué? La historia abrid. Por que á los pueblos
Brazo fatal sobre la tierra guía:
Dios un arcánjel á su cuna envía,
Manda otro arcánjel á su tumba Dios.
Habla el destino en las tremendas horas
Y á los pueblos detiene en su camino;
Ora en los pueblos fulminó el destino
De invencibles catástrofes la voz.

¡Voz de lo que será! ¡Voz que á los hijos
Del Redentor y del profeta llama;
Que en guerra al Asia y en tumulto inflama,
Que á Europa lleva al oriental confín!
Ved á las fieras que abortó el desierto,
De las haces seguir las hondas huellas;
Ved congregarse y revolver sobre ellas
Bandas de hambrientos buitres al festin.

¿Quién vencerá? los pueblos á los pueblos
¿Quién vencerá? preguntan asombrados
¿A dónde, á dónde van esos soldados,
Instrumentos de ajena esclavitud?
Quienes que esentos de opresion respiran,
Cuales en que los déspotas imperan,
Que surjan desde allí temen ó esperan
Raudales de esterminio ó de salud.

¿Veis con ojos inmóviles sentado
En su nueva Termópila al Heleno?
No está el abismo de sus males lleno,
Y el alfanje y la cruz dispone ya;
Y con la fé de quien sucumbe siempre,
Al grito sordo que en el orbe zumba,
Se levanta Polonia de su tumba,
Y ella clama tambien: ¿quién vencerá?

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.



EL CREPUSCULO DE LA EDAD.

Resbala el dia por el alta cumbre
De la sierra fragosa de Occidente,
Del Sol apenas la postrera lumbre
Ciñe allá de los árboles la frente.

Tristes las horas son de despedida,
Melancólicas, dulces á la vez,
Dia de hoy!.... á Dios! Vas de partida
Y he dado un paso mas á la vejez.

Mi alma se recoje en la tristeza,
Un sentimiento vago me domina.....
¿Dónde se fué mi juvenil fiereza?
Declinó como el Sol que ora declina.

Y heme como el crepúsculo en la tarde,
Que ni le viste la risueña luz,
Ni la traidora sombra osa cobarde
Sepultarlo en su lóbrego capuz.

Y héme aqui en el crepúsculo terrible
De una noche de hielo sin aurora;
Ni luz, ni sombra soy, la indefinible
Edad de la razon llamó á su hora.

Llamó y me despertó, con mano ruda
Mesando mi cabeza sin piedad,
Seca mi cabellera, y á la duda
Me arrastra por llevarme á la verdad.

A la verdad estéril de ilusiones,
Campo sin una flor que lo engalane,
Sin que pasen por él las estaciones,
Sin que una fuente á sus orillas mane.

Ay! que sobre las palmas por consuelo.
Grave, nublada dóblase mi frente,
Y mis ojos se clavan en el suelo,
Sin ecsámen la vista indiferente.

Cada hombre me ofrece un enemigo,
Cada mano me tiende una lazada,
Mil caminos emprendo, no los sigo,
Y atras vuelve la planta acobardada.

Pasan en torno á mí con galanura,
Festivas como el beso de un infante,
Mujeres mil de divinal hechura,
Vertiendo amor del seno y del semblante.

Un tiempo corrí en pos de su belleza,
La mas pura me amó de las hermosas,
Luego vendió mi amor á la riqueza.....
Pasad, huid, mujeres veleidosas.

¿Dónde estoy? ¿Dónde voy? ¿A qué he nacido?
¿Por qué me ajito en continuada guerra?
Los dias se desploman al olvido,
E ignoro mi mision sobre la tierra.

Mis ilusiones ya desvanecidas
Pálidas van cayendo deshojadas,
Como las flores en abril nacidas,
Como las flores en abril tronchadas.

¿Dónde fué la magnífica pradera,
Juventud, que tendias á mis ojos,
Con bosques de pomposa cabellera,
De rosas llena y de claveles rojos?

Allí junto al laurel galan mecia
Su copa con sonoro movimiento,
El mirto que al laurel entretreja
Lasciva yedra columpiada al viento.

Oí de fuentes mil grato murmullo,
Ví el serpear del agua entre las flores,
Y el continuado velador arrullo
De palomas oí cantando amores.

Mas leves que mi leve pensamiento
Por el éter cruzaban vagarosas
Las aves con dulcísimo concento,
Y las pintadas mudas mariposas.

Vió Sílides de amor mi fantasía,
Ya columpiarse de flexible rama,
Ya, tras de aéreas danzas de alegría,
Reposar voluptuosas en la grama.

Y la voz de la virgen solitaria,
Y el laud que se unia blandamente,
A compás de su tímida plegaria
Hirió mi oido, arrebató mi mente.

Latió mi corazón enardecido
Y ansiaba yo llegar á la pradera
Feliz, donde se oía el estallido
Del beso y de la risa placentera.

Y un palacio de altísima techumbre
De riqueza, magnífica, oriental,
Asentada la fama allá en su cumbre,
Francas las puertas de oro y de cristal,

Me brindaba en mitad de la pradera.
La fama con su trompa me llamó;
Allá corrí, y en medio mi carrera
Se hunde el alcazar y el Edén se hundió.

¿Donde fue, juventud, tanta hermosura?
Dónde tanta armonia y mocedad?
Dónde tanta belleza y galanura?
Tanta riqueza, amor y vanidad?

Tú que te anidas loca en la esperanza,
Que nécia te deleita el porvenir,
Felicidad querida, ¿quién te alcanza
Como no estés allende del morir?

Que en este ingrato y transitorio suelo
Es el dolor la única verdad,
Bañemos, ay! la muerte de consuelo;
Acaso el bien esté en la eternidad.

Pero en el largo y árido camino
Que media entre mi edad y el atahud,
Enfermo y como el triste peregrino
Que en el desierto fatigó el *zimoun*.

Pasarán sobre mi días y años,
Marchitando mis ojos y mi tez,
Ay de mí! llegarán mas desengaños
A emponzoñar el alma en su viudez!

¡Dejadme! huid! no me nombreis amigo,
Vosotros, que en la torpe sociedad
Cual vil moneda comerciáis conmigo
Para henchiros de fausto y vanidad.

¡Dejadme! huid! la inmensa pesadumbre
Que me cargáis pretendo sacudir;
Y mi dolor, mi estado y servidumbre,
Mi propio pensamiento quiero huir.

Tráiganme mi caballo, que ajitado
Al escitar su indómito valor,
Ya en el galope amenazante alzado
Tendido ya al escape volador,

Si huyendo vá, la rienda no le llama;
La sociedad, el mundo queda atrás,
Y el viento que silvando se derrama
Por mi frente, la enciende mas y mas.

Al pasar como el soplo del olvido
La enciende, sí, de juvenil ardor,
Ea! traedme mi bridon querido,
Quiero apurar su indómito valor:

Triste consuelo de la humana vida
Es fatigarse el hombre y reluchar,
Para que el alma caiga adormecida,
Y el pensamiento cese de pensar.

A. ROS DE OLANO.

Revista de la Quincena.

La pluma se me cae de las manos de fastidio, de languidez, al comenzar estas líneas; estoy dominado de una pereza oriental, y luego nada inflama la imaginación, nada absolutamente. ¿Qué he de contar á mis lectores y mas que todo á mis lectoras, que de contar sea? Esta es la cantilena de todos los días. Echase de ver que la sociedad española que allá en sus mocedades dió tanto que hablar con sus aventuras y devaneos, se halla á la hora presente postrada en su lecho de muerte sin acción ni movimiento, mas que por los años, por sus desgracias particulares. Héla ahí á esa pobre pecadora de los antiguos tiempos, presa ahora de una vejez prematura. Las galas, los amores, los lances, el ruido, la algazara, los festines, las locas alegrías, todo huye al aspecto de la vejez.

No vayas á creer, ó lectora á quien yo amo y admiro, que esto es llamarte vieja. ¡Ah no y mil veces no, tú y tus iguales sois unas flores puras y embalsamadas que adornais una frente cubierta de arrugas y encanecida por la desgracia, ó por no sé qué. Sino fuera por vosotras que aun quedais de la España antigua, era preciso emigrar de este pais, patria de la monotonía y de la indiferencia. Vosotras y el cielo, he aquí lo que á mí me detiene, impidiéndome tomar una resolución desesperada.

¡Ah, la España de Felipe IV siquiera! ¡Cuan-
tas veces he soñado con ella al leer los dramas de Calderon! Aquellas deliciosas *mañanas de abril y mayo*, aquellos encuentros, aquellas citas misteriosas, aquellas tapadas, y luego aquella corte esplendente, todo se ha hundido acaso para no volver á levantarse jamás. En el dia esto marcha al revés; que no al derecho. Hasta el vicio se ha despojado de su poesía y de su grandeza para reducirse á unas proporciones mezquinas y mercantiles.

¿Cómo es posible que nuestros abuelos, educados en la escuela de la hidalguía y del valor, como es posible que ellos concibieran que era dable que existiesen españoles tan bastardos y tan degenerados que habiendo ofendido se negasen á dar satisfaccion del agravio, como ellos la daban, aunque fuera en presencia del mismo rey? Pues esos hombres entre nosotros viven á millares, hay de ellos una raza entera que crece cada dia, una raza que desvirtua el noble y pundonoroso carácter nacional; sus individuos á lo mejor reclaman su dictado de españoles y ¡oh vergüenza y baldon! hasta los hay que desempeñan la elevada magistratura de la prensa! Y esos hombres que hormigean por ahí, a tí lector (y ahora me dirijo á tí), y á mí y á todos nos suelen acompañar en el Prado, y nadie les cierra la puerta de su casa, y todos los saludan en la calle; ¡pero qué mas! los vemos á veces figurar en los salones y festines como próceres de la sociedad actual, cuando antes se hubieren dado por muy satisfechos con obtener plaza de *bufones* en el palacio de algun grande, donde con su traje de arlequin cubierto de cascabeles y con sus jestos y visajes disiparan el mal humor de sus señores.

No sé cómo me he ido engolfando en estas tristes reflexiones; empecé hablando del influjo que ejercia en mi habitual pereza la estacion, é

insensiblemente y sin yo apercibirme de ello, he venido á parar á ese punto. Lógicamente habrá sido sin duda, puesto que así ha sucedido.

Pero dejemos el drama real que tenemos á la vista para ocuparnos un momento de los dramas del teatro.

TEATRO DEL CIRCO.—*D. Quijote de la Mancha*, ópera de Mercadante.—*El Ventorrillo de Crespo*, Zarzuela, música del Sr. Bassilli, poesía del Sr. Rubí.—*El amor en un membrillo*, ó *El Licenciado Vidriera*.—*Cerdan*, *Justicia de Aragon*, drama en verso de D. Miguel Agustin Principe.

No han escaseado seguramente en esta quince-
na las novedades teatrales. Las traducciones han hecho el gasto y ademas dos producciones ori-
ginales, de las cuales una muy bien pudiera cambiarse por una traduccion menos que mediana.

La ópera y la zarzuela se ejecutaron en una misma noche á beneficio del Sr. Ojeda.—Al *Don Quijote* le sucede lo mismo que á todas nuestras cosas cuando pasan á manos de los extranjeros; pierden su carácter de orijinalidad y de verdad, desvirtuándose de manera que nosotros mismos no las conocemos cuando nos las envian disfrazadas. Mercadante, pues, ha escrito una partitura italiana, como tantas otras, con mas ó menos gusto, pero antes de escribirla, como suele suceder á los que de tales cosas se ocupan, ha ido á caza de un poeta de *librettos* el cual ha fundado su argumento sobre el ya conocido episodio de las *bodas de Camacho*. No es este mal asunto para una ópera bufa; mas era para manejado por un español. Si la ópera no hubiera sido ejecutada por artistas españoles es claro que no hubiéramos podido adivinar de que se trataba; porque presentarnos en escena á nuestros dos célebres compatriotas D. Quijote y Sancho Panza cantando en italiano, es diabólica invencion. Afortunadamente Mirall y Salas nos reprodujeron las figuras del héroe manchego y su escudero con mucha propiedad. El público conoció al instante á sus dos personajes, saludándolos con triple salva de aplausos; y con grande júbilo y alborozo al aparecer el uno en su célebre rocinante, y el otro en su humilde pero no menos célebre rúcio. Este recibimiento triunfal nos hizo ver la imperecedera popularidad de que gozan esos dos tipos que el pueblo cree históricos. Ese es el privilegio del *jénio*, crear al par de la divinidad; los seres enjendrados por

la fantasía del poeta para las edades futuras han gozado de una vida real. En tiempo de la guerra de la independencia, de esa esforzada y magnánima lucha de un gran pueblo contra el extranjero, que ahora nos escarnece y nos afrenta, dirijase una partida desmembrada del ejército conquistador á un pueblecito de la Mancha que iba á ser víctima del rencor de los enemigos. ¿Qué pueblo es ese? preguntó el jefe de aquella tropa á un paisano que acertó á encontrarse en el camino. — « El Toboso » — « ¡ Oh el Toboso ! Respetemos la patria de la señora de D. Quijote. »

El Toboso se salvó de la calamidad que iba á caer sobre sus habitantes.

La ópera está bien escrita ; su música es sencilla, y algunos pasajes se distinguen por su buen gusto ; sin embargo, no puede decirse que es una produccion notable. De tarde en tarde un ligero tinte de áires españoles nos recuerda que el autor ha pensado en la patria de D. Quijote.

Pero lo que entusiasmó al público, lo que le hizo poco menos que enloquecer, fue la zarzuela titulada: *El Ventorrillo de Crespo*. Es lástima que haya ido perdiéndose este género, que en nuestro entender haría bien en resucitar el Señor Basily. El éxito que ha obtenido su ensayo debe alentarle; valiera mas que en lugar de las insípidas y monótonas piececitas francesas, nos dieran en el teatro zarzuelas españolas, cuyo nombre ha llegado á olvidarse hasta el punto de preguntar noches pasadas cierta persona si una zarzuela era un sainete.

De cualquier modo, *El Ventorrillo de Crespo* encontró grandes simpatías, y si bien es verdad que la Sra. Lombía, fria de suyo, y escasa de gracia y donaire, no es lo mas propio para desempeñar una malagueña del barrio del Perchel, en cambio Salas y Ojeda representan admirablemente á dos tunos de aquellas playas, tan célebres en los anales de la pillería. Salas es un excelente cómico, especialmente en caracteres de este género.

La cancion del *Charran*, de Iradier, y las sabidas coplas: *Yo que soy contrabandista* etc., cantadas por Ojeda, pusieron de tan buen humor á los concurrentes, que al bajar el telon pidieron *los toros del Puerto*, letra del Sr. Gonzalez Brabo, que ya hemos insertado en uno de nuestros números anteriores. La autoridad, sin embargo, no debía participar de la alegría jeneral,

PRIMERA SERIE, TOMO I, 6.^a ENTREGA.

y antes al contrario, debía estar dominada por el *spleen*, puesto que permaneció impasible, negándose con su silencio á acceder á los inofensivos deseos de la concurrencia. Crecido número de espectadores desamparó el teatro al observar que el palco de la dura é incesorable municipalidad estaba desierto; la orquesta siguió el movimiento de retirada; todo anunciaba una derrota completa; parecia que ya no quedaba esperanza. Sin embargo, una minoría culta y de buen tono, entre la cual figuraba una de las mujeres mas bellas y elegantes de Madrid, persistia en su tenaz empeño. En este mundo no hay como tener constancia. Al cabo de un rato de gritar en valde, hubo quien organizó el ataque: una diputacion de los aficionados se encargó de dar cima á aquella empresa; con efecto, á poco Salas se presentó á cantar *en familia*, y mas bien como amigo que como cantante, *los toros del Puerto*. El piano suplió á la orquesta que para nada hizo falta. Los espectadores salieron agradecidos á la amabilidad y condescendencia de Salas. El desenlace no pudo ser mas feliz.

Si hemos de hablar con franqueza no nos ha sido posible comprender el argumento de la comedia titulada *El amor en un membrillo, ó El Licenciado Vidriera*. No es extraño; la esposicion se hace de espaldas; y por otra parte ha de haber forzosamente en su autor, ó autores, bastante inesperienza dramática. De cualquier modo, siempre es un grave defecto en una comedia la falta de argumento, y creemos que el poeta debería corregirse de él.

Algunas noches despues se puso en escena en el mismo teatro un drama que aunque parece tal no lo es. Titúlase: *Cerdan, Justicia de Aragon*. Esta produccion debe considerarse como un curso de derecho político mas ó menos constitucional. Triste cosa es ir al teatro á fin de desahogar el ánimo y respirar breves instantes en una atmósfera donde se olviden las querellas de los partidos, en las que todos hacemos papel, y encontrarse allí tambien con el demonio de la política.

El segundo ensayo dramático del Sr. Príncipe no ha sido mas feliz que el primero. Porque ¿ qué hay digno de alabanza en su obra? La historia está falseada y sin resultados; la lucha entre el rey D. Pedro IV denominado el del *puñal* y el Justicia de Aragon, es tan inverosímil, y al mismo tiempo tan poco dramática que no interesa.

Prescindiendo de lo que fué el rey que ha tratado de dibujar el Sr. Príncipe, hay en ese carácter una oscilacion tan rara y tan incomprensible que nosotros dudamos á veces qué significacion tenga en el drama, porque ya aparece enérgico é indomable, ya miserable y apocado ante el tribuno. El tribuno ya es insolente y altanero con su señor, ya nos parece algo hipócrita.

De la estructura del dráma no hablemos. Aquellos diálogos eternos, inacabables producen *bochorno*; la atencion del espectador se cansa, en términos de sentirse uno agoviado por una languidez mortal. A nosotros nos produjo el segundo acto del *Cerdan* el mismo efecto que un día de calma en alta mar durante el mes de julio. Así es que á duras penas logramos comprender el argumento. Es cierto que suele sobrevenir algun golpe dramático, pero para llegar á él ha sido preciso atravesar un arenal árido é inmenso, y al fin de tan fatigosa jornada el público, como es natural, se encuentra postrado, agotada su sensibilidad y prócsimo á desfallecer. No se distingue tampoco esta obra por su versificación que es trivial y amanerada, salvo algunos trozos en que el autor ha acertado á estar mas feliz que de costumbre.

Y apesar de tantos defectos el autor ha sido llamado á la escena por el público! Sospechamos que entre nosotros se van introduciendo lo que se llama *claqueurs* entre los franceses. Eso no podrá menos de encarecer sobre manera las coronas de laurel.

El Sr. Latorre, actor á quien apreciamos, no podia brillar en el papel del Justicia, y notábase el disgusto con que lo desempeñaba. El Sr. Lopez hace todo de la misma manera y es tan monótono como el *Cerdan*. Haremos mencion honorífica de la Teodora que estudia sus papeles con algun esmero, y que adelanta en su difícil carrera.

Otra de las novedades que nos ha regalado el Circo es el magnífico melodrama titulado *Los Dos Cerrajeros*, de los cuales el uno era bueno y honrado, y el otro ladrón, asesino, y un malvado en toda la estension de la palabra. Enamórase el primero de una señorita perteneciente á una familia distinguida, y lo mas extraño de todo es que la señorita que se llamaba *Jenny* se enamora tambien perdidamente del cerrajero. Dicen que hay gustos que merecen palos, y el de *Jenny* seguramente es uno de ellos; porque aunque no negamos

que su amante era virtuoso y prometia ser muy buen marido, era sin embargo su virtud de esas virtudes oscuras, como hay tantas por el mundo, sin que vayan á prendarse de ellas las hijas de los grandes señores. Estravagante nos pareció con efecto esa correspondencia amorosa entre una jóven rica y elegante, y un pobre diablo mal vestido, tizado y tonto. Tal vez el Sr. Lombía estuvo mas artesano de lo que convenia.

El otro cerrajero era el reverso de la medalla de su compañero, como ya hemos dicho. Puestos los dos en movimiento, sucede de manera que el uno roba y asesina, y el otro aparece siempre culpado; y con esto ha demostrado el autor que algo se le entiende de achaque de mundo. Pero al fin triunfa el justo, lo cual acontece por milagro aqui abajo, y triunfa cabalmente cuando mata á su camarada, si bien comete el homicidio, defendiéndose de su contrario.

Este drama tiene interés y es de efecto. Nosotros le oimos con gusto, porque el jénero nos divierte, y lo preferimos á otros que se presentan con insufribles pretensiones.

Ya hemos hablado de Lombía; en cuanto á Pizarroso estaba en su papel; el cerrajero con frac encuentra en este actor un excelente *fac simile*.

TEATRO DEL PRINCIPE.—*La Castellana de Laval*—*El Héroe por fuerza*, traducciones.

La empresa del Príncipe no ha sido tan fecunda en la quincena actual como la de la Cruz. Sus dos traducciones han logrado un buen écsito, sin que por esto quiera decirse que son dos obras inmortales. *La Castellana de Laval* es un drama bien conducido, cuyo interés jamás decae, y que marcha á su desenlace sin tropiezo ni embarazo. La accion tiene lugar en Francia en tiempo de Francisco I. El rey, mozo, galan y emprendedor es uno de los personajes del drama. El anciano conde de Chateaubriand estaba casado con una mujer jóven y hermosa, perteneciente á una de las primeras familias del reino. El conde era un noble carácter, pundonoroso como un caballero de aquellos tiempos. La idea de que pudiera caer la mas leve mancha sobre su nombre, le estremecia. De aqui provenian sus celos. Su esposa de pocos años, y educada en el fausto y la grandeza, amaba el esplendor de la corte y el

bullicio del mundo; natural era que no llevase con paciencia la vida solitaria y triste á que la habian condenado los celos de su marido, cuyas sospechas no eran del todo infundadas. El rey deseaba conocer á la bella castellana de Laval, cuya hermosura y atractivos le ponderaba un servidor. Gracias á las intrigas de este, el rey cumple su deseo, logrando ver y hablar en presencia de su marido á la condesa, é invitándola á asistir al próximo baile de la corte.

Allí el tercero de los galanteos del rey, rodeado de unos cuantos palaciegos, les refiere de qué medios se ha valido para hacer inútiles las precauciones del conde; este oye la conversacion, se entera de la trama hurdida contra su honor por un oscuro advenedizo que lo pone en ridículo en presencia de los cortesanos; es indispensable lavar con sangre aquella ofensa; su contrario no es caballero, pero no importa: él lo arma, y jura pisar su espada terminado el duelo, si sale vencedor. A su vez el cortesano ecsije que la recompensa de su triunfo será poseer la espada del conde, vencedora en cien combates. Estas son las condiciones del desafio. Pero Chateaubriand sale gravemente herido. Postrado en su lecho, atormentado de sus dolores físicos y morales, jura aun vengarse de tantos agravios. Pero vienen á reclamarle su espada, la espada que habia heredado de su padre. ¡Qué afrenta! El noble soldado casi ecsánime se siente con valor aun, se incorpora en el lecho, y pide batirse todavia. Mas las fuerzas del cuerpo le abandonan, y entonces tiene que pasar por la humillacion de entregar su espada.

Entre tanto la desventurada esposa habia intentado en vano implorar la compasion del inesorable conde; una oscura prision es su albergue, allí aguarda su última hora. En tan terrible trance se acuerda de aquel rey que tantas muestras le habia dado de su amor; le escribe pintándole su horrorosa situacion, y anunciándole su cercana muerte sino la socorre con todo su poder.

Ya recobrado de sus dolencias se presenta Chateaubriand en el encierro de su esposa con ánimo de dar fin á sus dias. Pero las suplicas y las palabras de aquella inocente víctima ablandan su corazon; el puñal se le cae de las manos. Estrechábala entre sus brazos cuando recibe una carta del rey llena de amenazas; el rey venia á salvar á la condesa, ella le llamaba en su auxilio. Cha-

teaubriand entonces trata de defenderse en su castillo, pero ya es tarde; el príncipe ha penetrado en su recinto. En lugar de la mujer á quien venia á rescatar solo encuentra el ensangrentado cadaver de la condesa.

Por esta breve relacion se vé que la accion está hábilmente conducida y que todo está justificado. La condesa no era culpada, y sin embargo Chateaubriand al sacrificarla no se hace odioso, porque su honor necesitaba aquella reparacion.

La Matilde desempeñó su papel como ella acostumbra; Luna, salvo esos ademanes ecsajerados de que ya por lo visto no puede corregirse, comprendió el carácter del conde é interpretó acertadamente la nobleza de sus sentimientos, así como Sobrado supo caracterizar al cortesano adulador que intriga oficiosamente por complacer á su amo. Romea menor que hacia de rey, ejecutó su parte con intelijencia, y despojándose de ese aire de *insouciance* que suele dar á sus papeles.

La noche que se representaba *El Héroe por fuerza* ejecutábanse dos dramas á la vez, uno dentro del teatro y otro á la puerta. Nos haremos cargo del primero, sin perjuicio de tomar á su tiempo en consideracion el segundo. *El Héroe por fuerza* es una de aquellas piezas en que el autor hace un pacto tácito con el público, que el público acepta gustosísimo. Pásame, le dice, la inverosimilitud de mi obra, y en cambio te proporcionaré un rato divertido. Figúrense nuestros lectores un honrado cervecero que metido en su fábrica solo atendia á sus negocios, sin cuidarse de lo que pasaba por el mundo. Entre las varias cualidades que se le conocian figuraba en primer término la cobardía; mas para fabricar su cerveza y cumplir sus obligaciones ordinarias, no necesitaba seguramente ser un Aquiles. Este buen hombre estaba á punto de casarse con una linda muchacha, que prometia hacerlo feliz; todo salia á medida de sus deseos; pero el diablo lo enreda de manera que se ve obligado á tomar á la cabeza de una compañía un fuerte reducto, á aceptar el desafio de un valiente oficial de marina, y últimamente á admitir la comision de pacificar la Irlanda. Era el caso que el pobre cervecero tenia un hermano capitán, y uno de los mas bizarros y acreditados del ejército inglés; la semejanza de rostro que entre ambos ecsistia era tal que todos los confundian. De repente el capitán falta de sus filas, cabalmente en los momentos en que

se va á dar una batalla decisiva. El Consejo militar debe reunirse para setenciar al desertor; pero un sarjento que profesaba grande afecto al oficial, va á casa de su hermano á fin de saber su paradero; todos ignoran cual haya sido su suerte. Es necesario buscarlo; el sarjento y el cervecero practican varias diligencias inútiles, y el último se decide á presentarse en el cuartel jeneral con intento de hablar á los jefes, y suplicarles que dilaten el Consejo. Una vez en el campamento, los oficiales saludan al buen fabricante creyéndolo el capitan; se le ocurre entonces al sarjento que el uno podia reemplazar al otro y con la dureza habitual de su carácter, manda á aquel que confirme en su error á los oficiales. El cervecero obedece, mucho mas cuando por el pronto no veia peligro en aceptar el nuevo carácter de que se le revestia, y así salvaba á su hermano de la muerte y de la degradacion.

Transfórmase entonces en militar. Al principio todo iba bien, puesto que el tribunal le impone como castigo un dia de arresto y la prohibicion de asistir á la batalla. ¿Qué mas podia apetecer? Pero el sarjento celoso del honor de su capitan, intercede á fin de que se le levante aun esa lijera pena, y comienzan para el honrado paisano los sobresaltos y las angustias. Por una parte tiene que tomar el reducto; por otra le persigue con tenacidad un oficial de marina cuya hermana habia seducido el capitan, y que está empeñado en matarlo en desafio. De repente se rompe el fuego de guerrillas, suena el clarin de batalla, el ejército se pone en movimiento; y el terrible sarjento constantemente preocupado con la idea de que era preciso que el nombre de su amo quedase bien puesto, sube á puñados al fabricante sobre su caballo, y adelante. El caballo seguido de la compañía gana el reducto. Todos aclaman como el héroe del dia al supuesto capitan; el jeneral lo asciende un grado; y lo comisiona para ir á Londres á llevar el parte de la batalla; el Rey lo recibe rodeado de su córte; el gobierno lo hace coronel y le da el mando de las tropas ecistentes en Irlanda, donde los partidarios del pretendiente se ostentan ensoberbecidos con sus triunfos; pero antes de partir vuelve á presentarse el oficial de marina, y no hay medio, ó el cervecero se bate, ó le entrega las cartas de su hermana, ó se casa con ella. ¡Terrible compromiso! Batirse no estaba en sus hábitos; las cartas no las tenia; lo

único que podia hacer era casarse abandonando sus amores. Por fortuna suya el hermano perdido se presenta en el momento en que iba á firmarse el contrato matrimonial. Hay entonces un juego de escena ejecutado con lijereza. Pero es preciso que nuestros lectores se figuren á Guzman desempeñando ese papel; entonces concebirán toda la gracia y los infinitos recursos que él ha logrado sacar de ese disparate cómico. Baste decir que la risa no ha desamparado un momento los labios del espectador.

Vamos á hacer una advertencia á los actores. Es indispensable que sacrifiquen sus bigotes á la propiedad. Se puede ser muy buen ciudadano, muy patriota sin bigotes; esto es cosa probada; pero es cierto que con ellos no se puede ser buen actor. Nos ha chocado estos dias en el *D. Alvaro* ver á un aldeano, por ejemplo, del siglo pasado ó á un viejo ostentar ese distintivo militar. La causa de la libertad no perderá con que desaparezean esos montoncitos de pelo.

El lance á que aludiamos hace poco ha sido objeto de las conversaciones de Madrid en estos últimos dias; pero acerca de él solo hemos oido una opinion, y esa es cabalmente la nuestra. El redactor de un periódico ha injuriado á un diputado punonoroso. El primero se llama *Fr. Gerundio*; el segundo es el coronel D. Juan Prim. Este ha pedido un desagravio; el escritor no solo lo ha negado, sino que ha aumentado el agravio. Entre personas bien nacidas ya se sabe el jiro que debia llevar este negocio; pero *Fr. Gerundio* queria establecer para sí la escepcion de una ley sancionada por toda sociedad culta y decente. En vista de esto el Sr. Prim procedió á vias de hecho, despues de haber apurado todos los medios ordinarios ¿Es este un ataque á la libertad de la prensa? Pobre idea formaríamos del partido que tal sostuviese; porque los partidos viven del *honor*, y el que no reconozca al *honor* por base fundamental de su ecsistencia, morirá miserablemente. Las injurias personales en todos los países, personalmente se ventilan. España, esta tierra clásica del valor y de la hidalguía ¿desmentiria con su fallo su noble carácter?... Se asociaria al cobarde que acude á los tribunales en lugar de acudir adonde le llamaba su honor?...